

## **TERCER DOMINGO DE PASCUA: JUAN 21,1-19**

Fr. Santiago Andrade, ofm.

Todo el capítulo 21 de san Juan es sin duda un añadido posterior a la obra del cuarto evangelio cuando ya se había terminado. A pesar de ello, corresponde a la misma escuela o comunidad joánica. Las diversas escenas encuentran su unidad redaccional tanto en el ambiente pascual como en la función de Pedro y del discípulo al que Jesús tanto amaba dentro de la comunidad eclesial. El interés eclesiológico de todo el capítulo es, por tanto evidente: el testimonio de Cristo resucitado se basa en la relación de los discípulos con su maestro, que se manifiesta como Señor y como centro de vida de la misión de la Iglesia.

Al parecer este capítulo completo es una reivindicación de Pedro, el primero de los apóstoles, de sus negaciones durante la Pasión. Es importante, el hecho, que el discípulo al que Jesús tanto amaba, prototipo del seguidor de Jesús hasta el final en este evangelio, detecte la presencia de Jesús el Señor y se lo indique así a los demás. Una llamada, un encuentro con Cristo, un envío. Esto es lo que sucede entre Cristo resucitado y Pedro, en el diálogo final de su aparición en el lago de Tiberíades. “Simón, hijo de Juan me amas”... Señor, tú conoces todo; tú sabes que te quiero... Apacientas mis ovejas... Sígueme”.

Pedro no estaba en buena forma para comprometerse una vez más, y esta vez decididamente, con la llamada de Jesús a seguirlo como evangelizador. Ya varias veces antes había proclamado al Señor su lealtad y fidelidad; antes también, en ese mismo lugar, había dejado sus barcas y sus redes para seguir a Jesús y hacerse “pescador de hombres” (Lc 5,1s). Pero en todo este tiempo había experimentado su debilidad, sus fracasos, su poca fe y su dureza para entender el Evangelio, la cruz y la resurrección. Había terminado negando al Maestro. Todo esto lo había puesto en crisis; ahora su inseguridad en sí mismo y en sus posibilidades, se revela en el diálogo que sostiene con Jesús: no se atreve a asegurar, como lo había hecho antes de la Pasión, que él lo ama más que los demás. Pero a Jesús todo esto parece no importarle, en el momento de hacerle entrega de la gracia del apostolado. A él le interesa fundamentalmente una cosa: “¿Me amas?”... “Entonces sígueme... y apacienta mis ovejas...”.

Todo lo anterior prepara el momento en que Cristo le pide a Pedro el testimonio de su amor y su fidelidad, porque a él le debe encomendar la responsabilidad de la primera comunidad de discípulos: “Apacienta mis corderos”, es decir los más pequeños, los pobres. Pedro, es presentado aquí como el primero, pero entendiendo su “primado” desde la experiencia del amor, que es la experiencia base de la teología del cuarto evangelio. Las preguntas que el Señor le hace por tres veces si lo ama, responden sin duda a las tres negaciones de Pedro en la Pasión. En las dos primeras preguntas, el Señor utiliza el verbo griego, *agapao* (amar hasta el tope), en cambio, Pedro le responde con el verbo *fileo*, es decir, te tengo aprecio, te amo pero hasta la mitad. A la tercera pregunta, el Señor le cambia el verbo, usa *fileo*, y allí Pedro le responde que lo ama (*fileo*). Pedro recordaba que no siempre le fue fiel a su Maestro, e incluso lo llegó a negar; por lo tanto no estaba en condiciones de amar como el Señor lo amaba a él. Pero por encima de todo, estas tres interpelaciones a Pedro sobre su amor recuerdan necesariamente las tres negaciones (Jn 18,17ss). Con esto reivindica la traición

joánica al pescador de Galilea. Sus negaciones, sus miserias, su debilidad, no impiden que pueda ser el guía de la comunidad de los discípulos. No es el discípulo perfecto, ya que, para Juan, es el discípulo amado, pero su amor al Señor ha curado su pasado, sus negaciones. En realidad, en el evangelio de Juan todo se cura con el amor. Y esta, pues, es una experiencia fundamental de la resurrección, porque en Tiberíades, quien se hacen presente con sus signos y pidiendo amor, es el Señor resucitado. La fuente del apostolado es el amor al Señor. De ahí obtiene su impulso, su fidelidad y su eficacia. En la medida que lo amamos, él nos usará de instrumento, a pesar de nuestras fallas y pecados. Porque en nuestra debilidad se muestra la fuerza del Señor y está esperando que lo amemos de verdad.